

# LA GUERRA EUROPEA

NÚMERO 43.—BARCELONA 12 DE ABRIL DE 1915



Patrulla francesa reconociendo el bosque del Argonne

## LA VERDAD SOBRE LA GUERRA

Publicamos a continuación el siguiente interesante escrito que el general von Bernhardt, uno de los más competentes tratadistas militares de Alemania, envió al periódico norte-americano *New York Sun*, a invitación de éste.

Inglaterra, ayudada por Francia y Rusia, ha conseguido extender en todas partes informaciones falsas concernientes al origen de la guerra y a los propósitos del gobierno alemán, pero, no contenta con esto, también ha falseado los hechos militares de los campos de batalla, circulando por todo el mundo las noticias de las agencias telegráficas inglesas. Por consiguiente, será interesante para el público americano conocer, a grandes rasgos, la verdad sobre los sucesos de la guerra, en la medida que ello es posible dado lo reciente de su fecha y en cuanto lo permitan las conveniencias de la próxima campaña.

En el Oeste, la campaña se abrió con el ataque a Lieja. No obstante hallarse guarnecida la frontera belga por fuerzas mucho más numerosas que las que creíamos, la difícil empresa se realizó con éxito brillante. Una fortaleza moderna formidable fué tomada por impetuoso asalto, y los belgas, completamente sorprendidos, no se atrevieron a reconquistar la posición perdida. Cuán atrevidamente fué ejecutado este incomparable hecho de guerra, lo demuestra la circunstancia que uno de los fuertes fué sorprendido y conquistado por un teniente con sólo veinte

hombres, que apresaron la guarnición de 200 hombres, enteramente descuidada. Desde Lieja, el ataque alemán se dirigió sobre Namur, que fué también reducida en un plazo brevísimo, y mientras una parte del ejército alemán empujaba a los belgas hacia Amberes, la otra penetró en Francia, derrotó las fuerzas franco-inglesas que se le oponían, tomó Maubeuge tras breve sitio, y siguió internándose en Francia. Los alemanes llegaron hasta la inmediata vecindad de París, derrotando en todas partes a los franceses, apoderándose de muchos cañones, ametralladoras y prisioneros.

Entre tanto, los franceses habían dirigido un fuerte ataque contra la línea Metz-Saarburg. Entraron también en la Alsacia y ocuparon Mülhausen. Pero ambas operaciones ofensivas terminaron desastrosamente para ellos. El ejército que había entrado en Lorena, fué arrojado más allá de la frontera y de sus fortificaciones, sufriendo duras pérdidas en muertos, heridos y cañones. El poderoso fuerte de Manonviller fué tomado por los alemanes, y en Alsacia las tropas francesas sufrieron una derrota cerca de Mülhausen. Tuvieron que retirarse a Belfort, mientras en los Vosgos continuaban los combates con éxito vario, hasta que finalmente los alemanes consiguieron rechazar al enemigo en casi todos los puntos de la frontera.

Estas dos empresas contra Lorena y Alsacia parece que fueron emprendidas por los franceses con



el único propósito de distraer la atención de los alemanes del teatro del N.; pero este objetivo fracasó.

Es verdad que las vanguardias de las columnas alemanas que habían forzado el camino a través de Bélgica y de Francia, tropezaron en el Marne con fuerzas enemigas superiores, compuestas por el grueso del ejército francés. No había razón para entrar en lucha desigual con ellas (1). El ala derecha del ejército alemán fué retirada, y consiguió apartarse del enemigo sin pérdidas dignas de mencionarse, mientras el centro mantenía sus posiciones ante las fuertes plazas de Verdun y Toul.

El plan de los franceses de envolver el ala derecha del ejército alemán fracasó por completo. Al avanzar, prolongaron su ala izquierda hasta llegar al mar, pero siempre fué posible oponerles las tropas necesarias, y el éxito fué del todo ilusorio cuando el grueso de las tropas, hasta entonces empeñadas en Bélgica, estuvo disponible, y cuando llegaron refuerzos de Alemania para marchar al frente.

El general von Beseler, con fuerzas relativamente escasas, había atacado la fortaleza de Amberes, defendida por tropas mucho más numerosas, pero en compensación disponía de una artillería incontestable. Todo dependía de la rápida caída de Amberes, en orden a proteger los dos flancos y la retaguardia del ejército que había entrado en Francia, contra los golpes del ejército belga apoyado por tropas inglesas. Este objetivo se logró del modo más brillante. Amberes era reputada como la plaza más fuerte del mundo, y merecía este calificativo. Los ingleses consideraban la ciudad como la posición más segura, que esperaban mantener para disponer de una puerta abierta en Bélgica. La caída de Amberes casi equivalió a la derrota de Inglaterra. Los refuerzos británicos enviados a Amberes tenían una finalidad eminentemente política, pero no pudieron impedir la pérdida de la plaza. Con ímpetu incomparable los alemanes atacaron, y arrojaron sobre los fuertes un fuego asolador. La guarnición huyó de la ciudad. A los doce días de abierto el bombardeo, Amberes fué tomada: hecho sin igual en la historia de las guerras.

Inmediatamente, los alemanes emprendieron la persecución del ejército enemigo, arrojándole hacia la costa, hasta que el combate revistió un carácter estacionario a lo largo de la línea Nieuport-Ipres-Lille. Entre tanto, los aliados habían llevado considerables refuerzos al frente de batalla. Nuevas tropas llegaron de Inglaterra. Tropas indias entraron en escena, así como turcos, senegaleses y otros africanos. Fuerzas canadienses estaban en camino. En una palabra, aquello era un mundo en armas, contra el cual tuvieron que defenderse los alemanes.

Se atrincheraron en las posiciones más favorables; poco a poco, casi como en una guerra de sitios, fueron abriéndose camino a través del enemigo, asimismo atrincherado. Desde el mar hasta la frontera de Suiza, los ejércitos beligerantes se alinearon en trincheras, el uno frente al otro, con alambradas espinosas y otras defensas accesorias, separadas a menudo por pequeñas distancias, y lucharon encarnizadamente disputándose a palmos el terreno. Las

dos artillerías lanzaron mortíferas descargas desde posiciones de retaguardia. Todos los ataques de los aliados se detuvieron ante la heroica defensa de los alemanes, los cuales seguían ganando terreno lentamente. El cuerpo de aviación tuvo un buen adversario en el enemigo, mientras la flota británica trataba de entablar batalla, aunque fué contenida a respetuosa distancia por la artillería de gran calibre apostada en las costas alemanas.

En este momento (2) es imposible prever cómo y por qué medios se llegará a la decisión final. Cada uno de los dos partidos tratará de prepararse, y el que posea mejores nervios y sepa cómo asestar el golpe decisivo, ganará la palma de la victoria. Aparentemente, sin embargo, el poder ofensivo de los franceses está casi agotado, porque sus ataques van siendo más débiles, y el gran cuartel general francés procura mantener el valor en sus tropas por medios artificiales. De continuo las consuela con los brillantes éxitos de los rusos, que muy pronto amenazarán a los defensores de la frontera occidental, atacándoles por la espalda. Todos los prisioneros franceses que caen en nuestras manos están convencidos que los rusos ocupan ya Berlín y que el ejército alemán del E. ha sido aniquilado. Tales son las noticias que oficialmente se les dan a conocer para animarles y llevarles al combate, y para desafiar la muerte en medio del frío, la nieve y la lluvia.

Esta incorrección del cuartel general francés da a conocer la situación de Francia. Sus efectos son positivamente grotescos, si se los compara con la verdadera situación militar.

La lucha en nuestra frontera oriental se ha desarrollado de una manera muy diferente de la imaginada por los aliados. Que nuestro ejército del Este fuera aplastado por las masas rusas, y que éstas emprendieran una marcha triunfal sobre Berlín, son cosas que nunca las hemos tomado en serio. Por el contrario, fueron arrojadas a su propio país; sólo una muy estrecha zona de la Prusia oriental está en su poder. Por otra parte, les ha sido posible invadir la Galizia, en Austria, porque la posición estratégica obligó a debilitar esta ala de nuestros ejércitos.

Para juzgar con acierto las condiciones militares de la frontera oriental, es menester recordar desde el principio, que Alemania y Austria-Hungría se vieron obligadas a combatir contra una inmensa superioridad numérica, toda vez que Alemania tenía sus fuerzas principales en la frontera occidental, y que Austria-Hungría—cuyas fuerzas defensivas no están tan desarrolladas como en Alemania—tuvieron que utilizar gran parte de su poder contra Serbia y Montenegro. Las fuerzas totales de Serbia pueden ser evaluadas en 300,000 hombres, y en 50,000 las de Montenegro, cifras que en realidad son un aumento para el ejército ruso. Sólo teniendo presente estos hechos se puede formar cabal juicio de los éxitos y medidas estratégicas de los alemanes y austro-húngaros.

La conocida lentitud de la movilización rusa y de la concentración de las unidades, facilitó a los alemanes guardar con muy cortas fuerzas su frontera oriental, donde se esperaba el primer choque. Un

(1) No dice el general von Bernhardt el motivo de esa debilidad imprevista del ejército alemán, y calla el envío de refuerzos a oriente. (Nota de la R.)

(2) Este artículo fué escrito en los últimos días de diciembre 1914. (Nota de la R.)



fuerte ejército ruso entró de pronto en la Prusia Oriental, desde el Niemen, y tropezó, cerca de Gumbinnen, con fuerzas alemanas muy inferiores.

Siguiendo su tradicional costumbre, los rusos se atrincheraron para hacer una defensa tenaz, y los alemanes trataron de envolverlos. Durante aquellos combates el jefe del ejército alemán supo que un segundo ejército ruso se acercaba desde el Narev hacia el S. de la Prusia Oriental y amenazaba la línea de retirada de las tropas que combatían en el sector de Gumbinnen.

El general von Hindenburg, que asumió el mando de los alemanes, decidió que pequeñas fuerzas se sostuvieran contra el ejército del Niemen y atacó con la masa principal al ejército del Narev. Con el auxilio de las vías férreas llamó algunas tropas de segunda línea del interior del Imperio, y operó de tal manera que consiguió envolver por todos lados al poderoso ejército ruso, mientras un solo cuerpo le atacaba por el frente. La ofensiva alemana se ejecutó con tal rapidez y vigor, que los rusos no pudieron adoptar las contra-medidas adecuadas. Algunos destacamentos alemanes marcharon hasta 65 kilómetros por día sin perder su capacidad combatiente. Este ataque fué aplastante. Unicamente algunos contingentes sueltos del ejército ruso pudieron escapar. Millares de hombres perecieron, otros millares se hundieron en las ciénagas y lagos, y los demás fueron capturados, entre ellos dos comandantes de cuerpo de ejército; el comandante en jefe murió en el campo de batalla.

Fuó aquella derrota un caso único en la historia militar: un poderoso ejército quedó destruido en el sentido literal de la expresión, porque sólo débiles restos de aquella orgullosa fuerza pudieron encontrar protección al otro lado del Narev. Esta victoria aún espoleó a los alemanes. Hindenburg, con todas las tropas disponibles, se volvió en el acto contra el ejército del Niemen, el cual, paralizado por unos pocos escuadrones alemanes y tropas locales, no se había atrevido a acudir en apoyo del otro ejército, sino que permaneció en sus atrincheramientos. Resultó, pues, que el ataque tuvo lugar contra una posición que parecía una fortaleza. La batalla revistió también los caracteres de movimiento envolvente, pero los rusos no esperaron la decisión. Su caudillo, el general Rennenkampf, famoso en Rusia, evacuó la posición así que vió que su flanco izquierdo era envuelto, y emprendió una precipitada retirada que pronto degeneró en desordenada huida; el comandante en jefe alemán, con indomable energía, se lanzó en su persecución, que no terminó mientras quedaron alientos al último hombre y al último caballo. Miles y miles fueron muertos por las balas y muchos millares cayeron prisioneros, así como gran número de cañones y casi todo el material de guerra del ejército ruso. La Prusia Oriental quedó libertada, y el victorioso feld-mariscal alemán pisó el suelo ruso.

También las batallas se habían extendido a Galizia. Los austriacos entraron victoriosamente en Rusia, a la derecha del Vístula, derrotando las fuertes columnas rusas en varias brillantes batallas, infligiéndolas duras pérdidas y capturando muchos cañones y prisioneros. Pero no tardaron en encontrarse delante del grueso ruso, que había ido tomando po-

siciones, y tuvieron que retroceder para librar combate en condiciones más favorables. El enemigo, siguiéndoles de cerca, ocupó Lemberg y avanzó y puso sitio a la plaza de Przemyśl, mientras su ala izquierda se movía hacia los Cárpatos y Hungría. Formaban en aquel ejército todas las tropas disponibles del Cáucaso, de Siberia y del interior de Asia, para formar una masa incontrastable. Era, pues, menester apoyar a los austro-húngaros.

El mariscal von Hindenburg agrupó sus fuerzas de concierto con las austriacas, y avanzó hacia el Vístula desde la alta Silesia, para amenazar el flanco y la espalda del ejército ruso del S., así como también a Varsovia. Esta maniobra obligó a los rusos a reagrupar sus tropas. Grandes contingentes del ejército del S. fueron llamados contra los alemanes; las tropas que se encontraban en marcha precipitaron su viaje hacia Varsovia; el ejército derrotado en la Prusia oriental, organizado de nuevo, entró otra vez en campaña. Pero disminuyó la presión de los rusos en Galizia, y los austriacos pudieron socorrer Przemyśl y rechazar en parte al enemigo. El gran cuartel general ruso, sin embargo, consiguió concentrar fuerzas tan inmensamente superiores en la margen izquierda del Vístula, que las débiles tropas alemanas, que habían llegado hasta cerca de Varsovia, no pudieron aceptar una batalla decisiva. Tuvo lugar un nuevo agrupamiento estratégico, para evitar el ataque frontal.

Los rusos, para la protección de la retaguardia y el ala derecha de su ejército principal que avanzaba en dirección S., habían dejado fuerzas relativamente pequeñas en la orilla izquierda del Vístula, apoyando el ala derecha en Vloclavsk y Plock, mientras su caballería avanzaba contra la provincia de Posen, aunque fué rechazada por algunos contingentes de landsturm. Al mismo tiempo, renovaron su ofensiva contra la Prusia Oriental, cuyas fronteras los alemanes atrincheraron de tal modo, que los atacantes no pudieron obtener éxitos dignos de mención, siendo por el contrario rechazados repetidamente.

El mariscal von Hindenburg se alejó del enemigo, destruyendo a medida que se retiraba todos los ferrocarriles, para que las innumerables tropas rusas no pudieran abastecerse hasta que hubieran reparado sus comunicaciones.

Entre tanto, los alemanes habían ocupado con una parte de sus fuerzas fuertes posiciones en la Polonia meridional, lo que les permitió hacer frente a tropas muy superiores, y agruparon sus demás unidades para maniobrar contra la retaguardia de los rusos entre el Vístula y el Varta.

En una serie de brillantes batallas, los rusos fueron derrotados y aniquilados en parte; los alemanes avanzaron victoriosamente hasta cerca de Lodz, paralelamente al Vístula, y el comandante ruso tuvo que variar la dirección de marcha de gran parte de su ejército, que se movía hacia el S. y el O., para reforzar sus tropas del N., tomando entonces Hindenburg también la ofensiva desde el S.

En este estado se encuentra la situación en el presente momento. Tras victoriosa batalla, Lodz ha sido tomada, lo mismo que Skierniewice; pero en el Bzura y el Ravka los rusos ocupan una buena posición y se defienden tenazmente. Los rusos, muy superiores en número, se han concentrado y atrinche-





Patrulla de caballería turca en los campos de Anatolia

rado al O. de Varsovia. Los alemanes y austro-húngaros, frente a aquellos, forman un semicírculo. Falta el choque decisivo.

En comparación con esto, tiene poca importancia que el ala izquierda rusa haya avanzado otra vez al E. del Vistula, vuelto a sitiar Przemysl y repetido

sus tentativas de invadir Hungría, permaneciendo los austriacos a la defensiva. Esto es de importancia secundaria, sobre todo si se recuerda que los austro-húngaros han ganado una brillante victoria junto a Limanova y han paralizado el avance ruso.

La circunstancia de que los austro-húngaros—



Batería inglesa disparando en los campos al N. de Ipres

Ayuntamiento de Madrid



después de una campaña victoriosa contra los serbios—se hayan visto obligados a retirarse para atender al peligro del N., es de poca importancia, toda vez que los serbios han quedado inutilizados para emprender una fuerte ofensiva. Según la hipótesis



General Foch, Comandante en jefe del ejército francés del Norte

más probable, la decisión recaerá al O. del Vístula, donde en estos momentos se prepara una campaña.

Grandes y trascendentales sucesos futuros pueden hacer cambiar por completo la situación. Pero se comprende la magnitud de los éxitos alcanzados en el Este, si, por una parte, se considera que Alemania y Austria Hungría combatían contra un ejército por lo menos tres veces mayor en número, y por otra se resumen los trofeos conquistados. A últimos de año, se encontraban en nuestros campamentos de prisioneros 3.575 oficiales y 306.294 hombres del ejército ruso, aparte de los muchos prisioneros que estaban en camino, y que aumentan de día en día. Un millar de cañones, casi otro millar de ametralladoras, doce banderas, innumerables vehículos y carros de municiones.

El total equivale a todo un ejército rendido. Los prisioneros de guerra en Austria, sin incluir los serbios, son unos 150.000. De modo que la pérdida total de los rusos, hasta hoy, no es menor de 1.500.000 de hombres.

Trofeos análogos han sido conquistados en el Oeste. A último de año había en nuestros campamentos de prisioneros: 3.459 oficiales y 215.905 hombres, franceses; 612 oficiales y 36.852 belgas; 492 oficiales y 18.824 ingleses. Fueron cogidos, en la campaña del Oeste, 1.800 cañones de campaña y varios centenares de ametralladoras. Unos 28.000 ingleses y belgas fueron desarmados en Holanda. La pérdida de los franceses no es mucho menor de un millón de hombres; la de los ingleses, unos 100.000.

Frente a estos números, el total de prisioneros

alemanes en el Este y Oeste puede evaluarse en unos 100.000 hombres. Esto permite calcular, mirando al pasado, lo que acontecerá en el porvenir.

Si nuestros enemigos dan cifras más elevadas, falsean la verdad, porque incluyen los prisioneros, tanto civiles como sujetos al servicio militar, que residían en el extranjero y fueron apresados antes de trasladarse a Alemania. Como verdaderos prisioneros de guerra sólo pueden contarse los que cayeron en manos del enemigo en la zona de guerra.

### ¿SERÁ POSIBLE UN AVANCE DE LOS RUSOS SOBRE BERLÍN?—HIPÓTESIS Y DEDUCCIONES

Una ojeada «civil» sobre las capitales de Alemania y Francia descubre inmediatamente las defensas de París, no así las de Berlín. Ve en París un campo atrincherado y en Berlín una ciudad abierta. Una ojeada «militar» descubre y juzga sin el menor esfuerzo las defensas de ambas.

No hay ya para qué hacer hipótesis sobre lo que los hechos vienen demostrando. Una invasión alemana contra Francia sólo ha sido detenida y rechazada a las puertas de París. Una invasión rusa contra Alemania ha sido detenida y rechazada a muchos kilómetros de Berlín en las fronteras mismas del Imperio. No es necesario traer a capítulo la cuestión de la artillería pesada alemana, porque los alemanes con sus morteros de 42 cm. no llegaron a emplazarlos ante los muros de la capital de Francia ni los rusos han sitiado ninguna plaza fuerte alemana.

¿Cuáles son las defensas de Berlín? De ellas nos vamos a ocupar en seguida.



General Alexander Szurmay, Comandante de las tropas austro-húngaras que defienden el paso de Uzsok (Cárpatos)

La defensa de Berlín consiste en una especie de defensa móvil en forma de concentraciones de tropas en determinados puntos estratégicos. Esto tiene por



objeto debilitar las fuerzas combatientes del invasor durante su avance. El Gran Estado Mayor alemán ha trazado su plan en un repliegue de las tropas de defensa sobre las plazas fuertes de Königsberg y Allenstein, porque a retaguardia de ellas y sobre el camino a Berlín barrean el paso una línea de fortalezas constituidas por Danzig, Virschav, Marienswerder, Graudenz y Thorn situadas a lo largo del Vístula. Sobre esta línea los alemanes opondrían una resistencia gigantesca.

Ahora pongamos la hipótesis de que esta línea fuera forzada por los rusos (sólo hipotéticamente, porque las ilusiones de los rusos quedaron sepultadas en los lagos de Masuria), los alemanes se replegarían entonces sobre Posen, plaza fuerte situada sobre el Wartha. A continuación viene la segunda línea de defensa permanente formada por las fortalezas de Cüstrin, Glogau, Breslau, situadas sobre el Oder. Dada la actual situación podrían considerarse como integrante de esta línea las fortalezas de Glatz y Neisse sobre la frontera austro-alemana.

Veamos ahora cómo podría verificarse la invasión y cómo la contrarrestarían los alemanes.

Un ejército invasor debe, ante todo, contar con una base de partida desde la cual inicie el avance sobre el territorio enemigo. Los ejércitos de invasión deberán estar en todo momento en contacto íntimo con esta base, pues de ella sacarían sus refuerzos, reemplazos, sus aprovisionamientos en víveres y municiones, a ella retirarían sus heridos y enfermos. De este modo se establecería una extensísima línea de comunicaciones, cuya longitud crecería a medida que los invasores se distancien de esta base. Una tal línea debe mantenerse sólida y constantemente resguardada. Ya se podrá suponer la considerable cantidad de tropas de vigilancia que tendría que invertir el invasor para conseguir tal fin.

Pongámonos en el caso favorable para el invasor, de que éste pudiera vivir a expensas del territorio invadido—como lo hacen en la actualidad los alemanes en Bélgica y norte de Francia,—pero ¿de dónde sacaría los refuerzos continuos en personal y material que a menudo tendría que necesitar? No hay que comparar el caso de los alemanes invasores en Bélgica y Francia, porque los alemanes han prolongado sus ferrocarriles estratégicos y mantienen sus comunicaciones inmediatas sin el más mínimo peligro, en tanto que los rusos tendrían sus comunicaciones en constante amenaza, y lo que es peor, con plazas fuertes enemigas a retaguardia.

Los rusos no podrían avanzar dejando al enemigo a sus espaldas, salvo que fuesen muy torpes, cosa que hasta ahora han venido demostrando. Si quisieran emprender el sitio de todas las fortalezas mientras los ejércitos de operaciones marchan sobre el objetivo principal, sus tropas serían insuficientes, tanto más careciendo de medios de combate y viendo lejos la ayuda eficaz de sus aliados del teatro occidental.

Las irrupciones repetidas de los rusos en la Prusia oriental han hecho creer a muchos que éste será el camino por donde los moscovitas vengán a Berlín. Esta creencia es sencillamente cándida, porque suponiendo forzadas las fortalezas del Vístula (lo que es mucho suponer), Alemania opondría sus tropas de operaciones, y como la finalidad de la guerra es

derrotar al enemigo, los rusos tendrían que someterse a *fortiori* a la voluntad del adversario, quien procuraría atraerlos a las defensas de Posen, Cüstrin, Breslau y Glogau y situarlos a merced de los fuegos de los fuertes.

No se puede suponer que el peligro de la invasión rusa se aleje por completo de la Prusia oriental; por el contrario, los alemanes cuentan con ese *cebo* que atrae al oso y le quebranta los huesos. Las colosales derrotas que en esa región viene sufriendo el ejército moscovita son una prueba tangible.

Ahora, desde el punto de vista político, la capital del Imperio Alemán mantiene y mantendrá su prestigio de no estar metida en una jaula de murallas como París, ni vivir bajo esa presión moral del peligro del sitio, que no hay cosa más humillante para una capital.

En conclusión, no existe el más lejano peligro de que los rusos vengán a Berlín, aun en el supuesto de una invasión vigorosa, como hemos sentado en nuestra hipótesis.

J. C. GUERRERO.

Berlín, 1915.

## CONVERSACIONES DE LA GUERRA

### La dulce esperanza

(El señor A).—Don Subrio, V. es muy dueño de opinar en contra, pero cuando tan repetidamente proclaman los ingleses la superioridad de su artillería, el talento de sus generales, la excelencia de su caballería, el indomable valor de su infantería y lo magnífico de su material de guerra, hay que creerlo. Prueba de ello es que los alemanes no pueden avanzar.

—Y otra prueba, aún más convincente, es que tampoco avanzan los aliados.

(El señor A).—Por otra parte, es lo que dicen aquellos periódicos: ¿cuál es el mérito del mariscal Hindenburg? ¡Ninguno! ha tenido la fortuna de que su país esté dotado de muchas vías férreas, que le permiten trasladar sus tropas con más rapidez que los rusos las suyas; esto es todo: pero no se descubre ningún rasgo genial ni de talento en sus combinaciones.

—Vayamos por partes, señor A., y no sea V. tan vehemente. Hindenburg no será ningún genio, yo creo que sí, aunque no trato de convencer a V.; pero si no merece más que el calificativo de general adocenado ¿me quiere V. decir qué apelativo aplicaría V. al célebre gran duque y los generales French y Joffre? Hasta ahora, en la guerra se apreciaba el mérito por el éxito conseguido o por la resistencia contra fuerzas inmensamente superiores, y en ambos conceptos ha sobresalido Hindenburg; pero, puesto que V. desea, o la prensa extranjera, de la cual es V. portavoz, que los elogios recaigan sobre el gran duque, no creo que ninguno le lleve la contraria. Tal vez no sepa V. cuál es el saludo que ahora se estila en la Prusia oriental.

(El señor A).—Ciertamente, no.

—Cuando se encuentran dos personas, la una exclama, como en el resto de Alemania: ¡Dios castigue a Inglaterra! y responde la otra: ¡Y conserve la vida



al gran duque!—Y como los alemanes son los más entendidos en negocios militares, cuando de tanto prestigio goza el gran duque entre ellos, fuerza será creer en sus eminentes cualidades de general. De modo que me ha convencido V.; el único talento militar que se ha revelado en esta guerra está en el ejército ruso.

(El señor A).—¡No digo semejante desatino! ¿Y el general Joffre, y el general...?

—¡A todo llegaremos, señor A! Si los éxitos de Hindenburg se deben exclusivamente a los ferrocarriles alemanes, ¿podría V. decirme por qué el general Joffre no los obtiene en Francia, teniendo a su disposición una red ferroviaria aún más rica que la alemana del este y mandando un ejército doble que el alemán?

(El señor A).—¡Vaya una pregunta infantil! V. cree que me pone en un aprieto, y la contestación es muy sencilla: porque no ha llegado aún el momento de tomar la ofensiva los aliados.

—Si, ya sé que por ahora se limitan a la conquista de casas del barquero, de chozas, de metros o decímetros de trinchera y cifran su actividad en derribar un taube o lanzar bombas sobre un hospital.

(El señor B).—Sobre un hospital, ¡jamás! Eso queda para los alemanes.

—También sabía esto, señor B. Cuando los alemanes arrojan bombas o granadas al sector enemigo, matan invariablemente mujeres, niños, enfermos, ancianos, o hunden hospitales, escuelas o iglesias; mientras que cuando los agresores son los aliados, sus tiros dan siempre sobre militares enemigos y jamás, ni por casualidad, hacen blanco en edificios históricos, docentes, religiosos, hospitalarios... Por eso tienen razón los aliados en ponderar la perfección del tiro de sus cañones y de sus infantes y de sus aviadores.

(El señor A).—Todo esto no son más que minucias. ¿Negará V. todavía los éxitos de los aliados? Sus avances serán lentos, pero por esto mismo más seguros y eficaces.

—¡Y tan lentos! Ya sé que la conquista de un par de metros de trinchera o el combate que da por resultado coger prisioneros a tres alemanes se publica bajo el pomposo título, en letras de enorme tamaño, de espléndida victoria, o espantosa derrota de los alemanes; mas cuando éstos cogen unos cuantos millares de rusos o franceses o avanzan cincuenta o cien kilómetros, se dice que todo estaba previsto y que está más próxima aún que antes la derrota del enemigo germano.

(El señor A).—Pero vayamos a razones, don Subrio: la cuestión se plantea en términos sencillos. La población de los países aliados, prescindiendo de las colonias, es casi triple de la germana, y en la misma relación están las fuerzas militares de los dos grupos de beligerantes; la potencia económica de Francia e Inglaterra es más del doble que la alemana; Alemania tiene cerradas sus fronteras, y completamente abiertas las suyas Francia y lo mismo Inglaterra; en Alemania se empieza a padecer hambre, mientras que en Francia sigue la abundancia. En estas condiciones ¿cabe negar que la guerra terminará con una victoria decisiva a favor de los franceses y sus aliados?

—Este razonamiento se cae de puro viejo, señor

A., y si V. cree haberlo inventado, le voy a quitar la ilusión, porque es el que están empleando los periódicos aliados cada vez que sus armas padecen un descalabro, o sea hace ocho meses. En Francia e Inglaterra se lo saben de memoria, y los periódicos lo han estereotipado para no tenerlo que componer a diario. De suerte que si no tiene V. nada más nuevo que decirme...

—(El señor B).—Soy de la misma opinión que el señor A.: basta que la guerra se sostenga en Francia como hasta ahora, para que al fin tengan que capitular los alemanes; morirán de inanición...

—¡De viejos querrá V. decir, señor B! Cuando les falte qué comer, se internarán un poco más en Francia o se apoderarán de otro pedazo de Rusia; pero temo que tengan sed antes que hambre, y que después de haberse bebido los caldos de la Champaña, quieran apurar los de la Borgoña.

(El señor A).—¡Bromee V., don Subrio! más o menos pronto la superioridad moral y material de los aliados se pondrá de manifiesto, toda vez que es patente y matemática, y aquel día...

—¡Oh, la dulce esperanza! Como buen neutral no me preocupo de quién será el vencedor. Me basta con que nosotros no suframos quebrantos; pero si quiere V. apartarme de la realidad de los hechos, presentándome el cuadro de lo que acontecerá o no acontecerá dentro de seis meses o de cinco años, pierde V. el tiempo, porque la guerra que, como quedamos el otro día, no se resuelve con artículos de periódico, todavía menos se decide por demostraciones matemáticas ni por argucias propias de un estudiante de lógica: es como las ostras, que no se abren por la persuasión, sino con el cuchillo y a golpes. Créame V. y aconseje a los aliados que no se duerman en la esperanza y que practiquen...

(El señor B).—Nuestro viejo adagio: a Dios rogando y con el mazo dando.

—No, porque no es a Dios a quien ruegan, sino al derecho y a la libertad y a la democracia y a la justicia y a la igualdad y..., y tampoco dan con el mazo, sino, lo más, con los nudillos, que los tienen inflamados de puro chocar con la badila. Lo que iba yo a decir es que practiquen la resignación y hagan penitencia, que buena falta les hace, aunque sólo sea para digerir las presas que han hecho sobre países más débiles, empezando por el nuestro. Tal vez así les sean redimidas sus culpas y cambie la faz de la campaña; porque si su esperanza está en el remoto día de mañana, que nunca llega ni deja de pertenecer a lo futuro, medrados están. Me recuerdan aquel preso infeliz que aguardaba la libertad de la muerte de sus carceleros, más jóvenes que él.

(El señor A).—Luego V. cree...

—No creo nada: digo que la guerra se resuelve con las armas y con la voluntad, y no con ilusiones, aunque las alimenten las dos o trescientas adivinatoras y magas que se están enriqueciendo en París.

SUBRIO ESCÁPULA.





Restos del Zeppelin alemán destruido cerca de Tirlemont (Bélgica) al tomar tierra, por haber chocado contra unos árboles

### EL "AYESHA"

El crucero *Emden* está fondeado junto a la isla Cocos. Han desembarcado el capitán von Mücke con los tenientes S. Schmidt y Gyszling y 47 hombres, para destruir la estación del cable, cuando de

pronto se divisa a lo lejos la humareda de un barco, cuya silueta se va mostrando sobre el horizonte. ¿Será el vapor cargado de carbón, que el *Emden* aguarda? Mücke le vuelve la espalda, pero la observación de un marinero le decide a coger los gemelos. El *Emden* presenta ahora su popa a la isla. Su



Los cazadores alpinos franceses derribando un poste indicador de la frontera, en la Alsacia

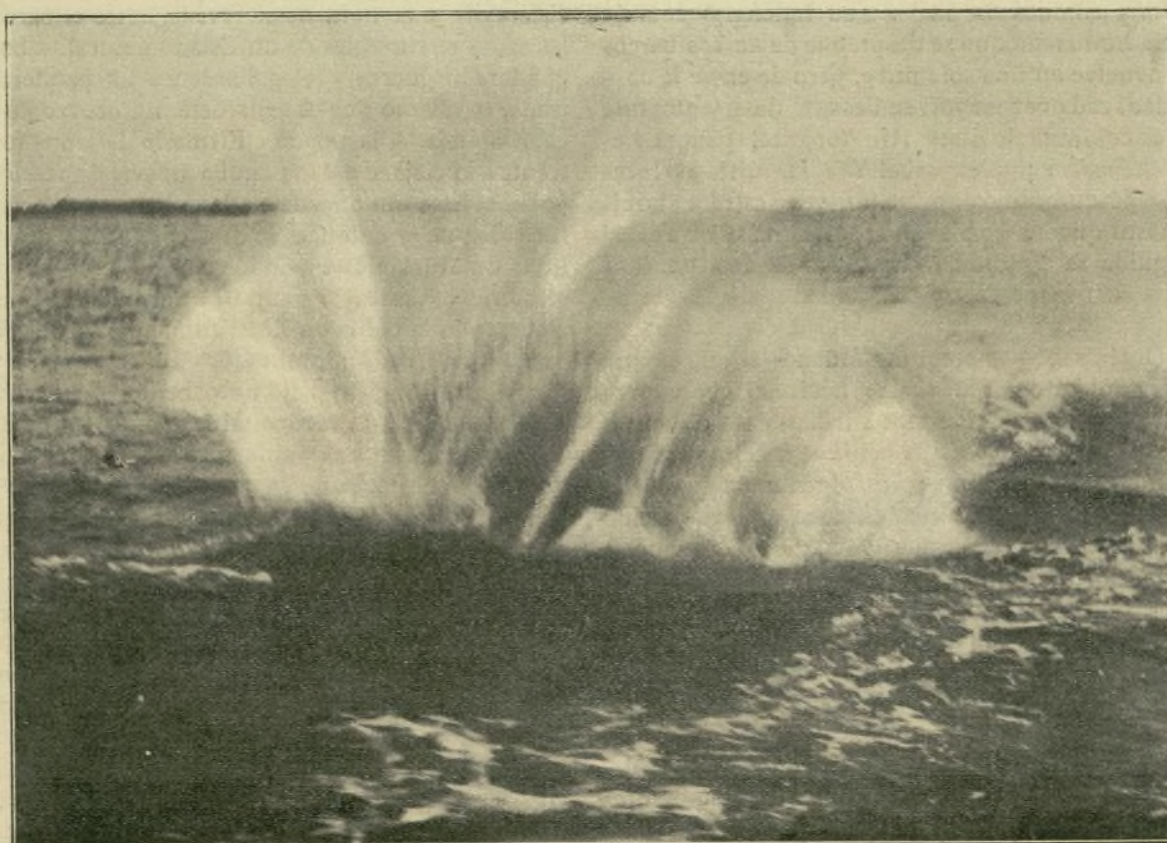




Bastones entregados por los habitantes de Berlín, con destino a los inútiles y convalecientes

proa surca las olas, levantando nubes de espuma, porque aquel barco es un crucero británico que se acerca rápidamente. «¡A los botes!»—grita Mücke, y corre a la cabeza de su gente. ¡Demasiado tarde! El capitán von Müller está ya lanzando al barco inglés

su cartel de desafío, en forma de proyectil. Se oye una detonación, y a poco una granada se hunde en el agua, levantando una montaña de espuma. Son las diez de la mañana y la historia va a terminar muy pronto, dejando escrita una epopeya:



Efecto producido en el mar por la explosión de un torpedo fondeado

Ayuntamiento de Madrid



«Han concluído los hechos novelescos del *Emden* que tan gloriosos fueron.»

Mücke comprende que en efecto la novela ha terminado. El *Emden* ha iniciado con brío el combate, disparando certera y rápidamente, pero a medida que transcurre el tiempo se ve que lleva la peor parte. A la vista del destacamento que ha quedado en la isla va a ser destruido el crucero. Imposible describir la amargura de aquellos marinos, cuando a los repetidos disparos del barco inglés, el crucero alemán permanece callado. Se imaginan a sus camaradas ensangrentados, a pedazos las armas, dispersa la marinería, y con rabia impotente ven cómo aquel barco, que consideran propio, va siendo presa de las llamas. Sus gargantas están secas, lanzan rayos sus ojos, al contemplar el trágico espectáculo. Rechinan sus dientes y se alzan amenazadores sus puños, cuando la chimenea de proa y el mástil de mesana se derrumban bajo el fuego enemigo. Se va debilitando la marcha del *Emden*. Se han agotado sus municiones. Mücke no pone ya en duda que su barco va a desaparecer. Mira a su alrededor, como buscando inspiración para lo que debe hacer. Se encuentra en una isla inglesa, rodeado de ingleses, y a ella arribará pronto el crucero británico, de manera que los marinos alemanes van a dejar de ser útiles a su patria, y hechos prisioneros por un fuerte destacamento de desembarco. Pero la vida de cincuenta marinos alemanes no se vende tan barata. Mücke dispone de dos ametralladoras y 47 fusiles, y puede defenderse en la isla. ¡Cuando se hunda el *Emden*, habrá quien le vengue!

A las 5 de la tarde, los combatientes van alejándose y comienzan a perderse en el horizonte. Obscurece, y las sombras se extienden sobre la tierra. A los últimos y débiles rayos del mortecino sol, ve Mücke cómo el adversario se ha ido acercando al *Emden* y cañonea sin piedad a su indefenso enemigo. La humareda que se desprende de ambos barcos los envuelve en una sola nube, pero de entre la obscuridad, cada vez mayor, se destaca de pronto una blanca columna de gases. ¡Un torpedo! ¿Habrá herido al *Emden*? ¡Quién sabe! Y a las últimas luces del crepúsculo, se columbra por vez postrera el único mástil que le queda al crucero, mástil que casi enseguida se derrumba. El fuego se debilita. Los barcos desaparecen en la obscuridad y por la distancia.

¿Quién sabe—se pregunta Mücke—si aún podría llegar a mi barco? Y se vuelve hacia su gente, preguntando si están dispuestos a ir hasta el fin, contra todos los obstáculos. En la bahía se encuentra el viejo barco de vela, de tres palos, *Ayesha*, de 97 toneladas de registro. Por fortuna el barco está abastecido y listo para darse a la mar; y cuando las primeras estrellas brillan en el firmamento, la vieja nave, aunque de mala gana, abandona la bahía. Mücke reúne a su gente y le dice: «Si no conseguimos incorporar a nuestro crucero, procuraremos seguir siendo útiles a la patria y navegaremos hasta entrar en un puerto amigo. ¡Animo, camaradas!» El viaje comienza bajo buenos auspicios. Su flotante casa devuelve a todos el valor. Carecen de instrumentos náuticos, tienen pocas provisiones y les faltan vestidos, y apenas poseen elementos de desembarco. Hace ya muchas semanas que pesa sobre ellos la an-

gustia de lo que acontecerá en su patria, porque al *Emden* sólo han llegado noticias de derrotas alemanas: ¡nuestra flota destruida, los rusos cerca de Berlín y los franceses en el Rhin! Harto hacen los cincuenta hombres con sobrellevar sin desfallecer tantas desgracias. Todos sabemos por experiencia propia, cuán conmovidas y atribuladas estuvieron nuestras almas y la ansiedad que se apoderó de nosotros en los primeros días de la guerra. ¿Cómo no impresionarse cuando unas naciones tras otras se aprestaban a caer sobre nosotros? En aquellas noches que de nosotros huían el descanso y el sueño, no cesábamos de pensar en cuál sería nuestro porvenir, el de nuestros deudos, el de nuestros bienes y haciendas, hasta que comenzaron a golpear violentamente las armas alemanas. Imagínese, pues, el estado en que se encontraban los espíritus de los cincuenta hombres de Mücke. A merced ahora de las olas, casi sin esperanzas, inútilmente consultaban sus ojos a las estrellas del cielo. Reunían sus esfuerzos y se sobreponían a la incertidumbre y la inquietud. Pero el espíritu de su jefe les infundió serenidad. En Mücke resplandecían, con todo vigor, las mejores cualidades de nuestros jóvenes oficiales. Aunque se hundiera el firmamento y se abrieran los abismos del mar, el comandante seguirá su camino hasta el fin, atento sólo al cumplimiento de sus nuevos deberes y obligaciones.

Dieciseis días llevaban navegando, soportando duras pruebas para alcanzar el primer objetivo de su viaje, llegar a una isla neutral donde pudieran abastecerse, cuando divisaron tierra a lo lejos. Un destructor se les acercó y les siguió sin alejarse de su vista. «¿Porqué me acompaña V.?»—señaló Mücke. El extranjero se limitó a contestar: «¡Caramba! por verle a V., Gyszling!» y aumentó la distancia. A las ocho de una mañana, con buen tiempo y el día claro, precisamente a la hora de la revista, entró el barco en las aguas territoriales de un Estado neutral. «¡Izad la bandera de guerra y el gallardete.» La bandera fué izada, lo mismo que el gallardete: un pedazo de una camisa vieja. A la voz de «¡Firmes!» la tropa formó frente a la vieja y amada águila imperial, acariciada por el sol; los tres oficiales se descubrieron. El cuadro fué solemne, y entonces se destacó la firme personalidad de Mücke; éste mandó echar un bote al agua y se acercó al destructor neutral, informándole que iba a entrar en la bahía de X. El comandante del barco extranjero quedó asombrado. Mücke agregó: «Mi barco está cobijado bajo un pabellón beligerante.» Con ayuda de un práctico, Mücke entró en la bahía de X, y se puso enseguida al habla con el comandante del puerto, para ganar su favor. Envióle uno de sus oficiales con el encargo que pidiera agua y provisiones, y el aviso de que se daría a la mar de nuevo, antes de las veinticuatro horas. El «*Ayesha*» era ya un barco de guerra, y Mücke se conducía correctamente.

Se le dijo que aguardara. La respuesta, transmitida por un oficial, fué que se había teleografiado al gobernador de la colonia. Al siguiente día se hizo saber a Mücke que siendo el «*Ayesha*» presa de guerra, debía ser retenido provisionalmente en la bahía, hasta que se despejara su situación. Mücke tuvo que ceder porque sus jarcias estaban medio podridas y rotas sus velas, pero no quiso que se le considerara



como presa. Entonces, se aprestó a defender sus derechos, alegando que el «Ayesha» era un barco de guerra; y protestó en consecuencia. ¿Podría presentar un testimonio—se le arguyó—, tal como el nombramiento, extendido por el comandante del *Emden* «No hay necesidad de ello—objetó Mücke—, porque mi barco lleva el pabellón de guerra y el gallardete reglamentario; mis oficiales figuran en el escalafón de la marina imperial, y mi dotación, militarmente organizada, pertenece al personal activo de la flota alemana. Quedan así cumplidos todos los requisitos que cabe exigir.» Nueva carta: «¿Cómo se encuentran Vds. a bordo del «Ayesha?» «¡Oh, respondió Mücke—; esto sólo puede decirlo mi superior.» Por fin se le concedió permiso para reponer los efectos navales, las provisiones, el agua, los vestidos y cuanto necesitaba imperiosamente.

Eficacísimo auxilio prestaron las leales tripulaciones de los barcos mercantes alemanes fondeados en la bahía. Con grandísimo júbilo supieron la noticia de la llegada del *Emden*. Innumerables cartas fueron escritas por toscos dedos, deseando felicidades y excelente viaje a los tripulantes del «Ayesha». Trajes, ropa interior, cigarros, vino, frutas, y hasta relojes!, afluyeron al barco. Así se ponen de manifiesto los lazos firmísimos que unen a los compatriotas que se encuentran en extranjeras tierras, por agruparse todos bajo la misma bandera; los sacrificios más estimados y preciosos, los relojes, fueron entregados, como una ofrenda a la patria, a la dotación de aquel barco que parecía ir en busca de la muerte. Pero lo más apreciado fué la noticia de las victorias alemanas. Los curtidos rostros de los marineros pareció que se rejuvenecían, y ya no fué sólo para recibir una muerte gloriosa para lo que se aprestaron a partir. Un nuevo espíritu se extendió a bordo, se apresuraron los preparativos, se encendió la alegría y floreció de nuevo la antigua confianza alemana en la victoria. En su diario, así se expresa Mücke con su conciso lenguaje de soldado: «En cuanto reciba lo que necesito me haré a la mar, y el barco y su tripulación se emplearán, como es mi primer deber, del mejor modo que sepan, en interés del servicio». Esta promesa tan firme como resuelta, del jefe de dos oficiales y 47 hombres, quedó cumplida al desembarcar en Hodeida. Pero antes de partir, todavía Mücke sostuvo su puesto frente al comandante del puerto neutral, enviándole esta misiva: «En el incesante seguimiento de que he sido objeto por un barco de guerra, he de ver con sentimiento un acto poco amistoso.»

Los abastecimientos y los donativos están ya a bordo, y Mücke hace su visita de despedida a un barco de guerra neutral. Es siempre al correcto oficial de la marina alemana. El «Ayesha» ha terminado sus preparativos.

El viaje no lo conocemos aún. Fácil es describir la emoción que se despertó en todos los marineros alemanes que había en la bahía. Sus botes rodearon al barco, y a fuerza de remos le siguieron largo tiempo, pidiendo todos en vano, a Mücke, que les llevara consigo. Desde el puente del barco se agita-

ron los pañuelos, dando un adiós de despedida, mientras se humedecían los ojos. Los labios pronunciaron muchas, muchas veces, los más ardientes deseos de dicha, y entonaron el «¡Alemania, Alemania sobre todo!» A medida que el pequeño barco se alejaba de la costa extranjera, se hacía más intensa la plegaria. «Queremos ser fieles siempre, para que bendigas nuestras vidas y la bandera negra, blanca y roja.» Jamás se dijo con más convicción.

Nada sabemos de las peripecias del viaje del «Ayesha» en el Océano Indico. Según los diarios ingleses, el barco de Mücke iba a ser echado a pique por varios navíos de costa y un gran vapor armado como crucero auxiliar. El viaje no podía durar mucho, porque en el barco no había sitio para almacenar abundantes provisiones. Toda una semana estuvo navegando por la ruta de Bab-el-Mandeb, muy vigilada por los barcos de guerra enemigos; cruzó a su vista un crucero francés, sin que el «Ayesha» modificara el rumbo, y arribó a las costas de nuestros aliados los turcos. Esta es la corta historia del navío de Su Majestad «Ayesha». De este modo y gracias al esfuerzo de una abnegada tripulación, apareció un nuevo barco de guerra, como si brotara del fondo del mar. Este hecho dará lugar, después de la guerra, a una nueva canción, dedicada a aquellos hombres valerosos. Y en lo porvenir se contará cómo, en los días de la dura prueba, se concertaban todos los alemanes, dentro y fuera de la patria, para defender la santa causa.

OTTO VON GOTTBERG.

(De la *Kölnische Zeitung*).

## EL BOMBARDEO DE LA COSTA INGLESA POR LOS BARCOS ALEMANES EL 16 DE DICIEMBRE

Al cabo de tres meses de sucedido el hecho, el Gobierno inglés ha hecho públicos los destrozos causados por el bombardeo de los barcos alemanes contra la costa inglesa, el 16 de diciembre pasado. Se dijo a la sazón, que sólo habían perecido media docena de personas, ancianos y niños, y los daños en los edificios fueron insignificantes. La verdad es muy otra, como se deduce de las cifras siguientes:

Hartlepool.—119 muertos (población civil y militar) y 405 heridos. Destruídos o con daños, 407 edificios, barcos y obras diversas.

Scarborough.—19 muertos y 99 heridos. 200 edificios destruidos o con grandes daños.

Whitby.—Tres muertos y tres heridos. Varios edificios destruidos.

En total, 141 muertos, 507 heridos y más de 600 edificios destruidos o perjudicados.

En la nota se hace constar que en Hartlepool había una batería de costa que contestó al fuego de los barcos; que en Scarborough sólo hay una batería en desuso con cuatro cañones, y un destacamento de guarnición, y que en Whitby los cruceros alemanes rompieron el fuego contra la estación de señales, que fué alcanzada, y la población.



## CRÓNICA MILITAR

I. Los métodos de combate de la infantería alemana en la ofensiva.—II. El enlace de las armas en el ejército alemán.—III. La campaña en el teatro oriental.—IV. ¿Cuándo comenzarán las grandes operaciones?—V. La situación el 7 de abril.

### I.—Los métodos de combate de la infantería alemana en la ofensiva

Desde que comenzó la guerra se viene insistiendo un día y otro en el atraso de los métodos ofensivos de la infantería alemana, que emplea exclusivamente los ataques en masa. Relatos de heridos, narraciones de testigos presenciales, referencias de correspondencias, están unánimes en que la infantería alemana ataca en masas compactas, lo que además de revelar la deficiente instrucción de aquel ejército es causa de que padezca pérdidas enormes. La cuestión es muy interesante y ha llegado a llamar la atención hasta de las personas menos versadas en asuntos militares.

Los procedimientos tácticos nunca son buenos o malos por sí mismos, y ni la inducción ni la teoría bastan para acreditarlos o desecharlos. La guerra es cuestión de hechos y a éstos hay que atenerse. En los combates resueltamente ofensivos, los alemanes han obtenido el éxito en menos tiempo del que antes se reputaba indispensable para decidir la batalla, lo que se traduce en la afirmación de que sus métodos son buenos.

En el fondo, ni hay tales ataques en masa, ni los reglamentos tácticos alemanes—en los que se han inspirado todos los ejércitos del mundo,—son deficientes. Es otra cosa muy diferente, que al parecer todavía no ha sido bien apreciada, ni bastante conocida.

El principio esencial de la moderna táctica de infantería es que el combate se resuelve por el fuego. A la instrucción de tiro se dedica mucho tiempo y una práctica constante, tanto o más en Alemania que en las demás naciones. Cuando el enemigo ha sido debilitado y quebrantada su moral, se pronuncia el ataque, que es el coronamiento del fuego, pero también en este ataque se procura padecer pocas bajas, y a este efecto el avance se efectúa a saltos, escalonadamente, continuándose el fuego desde cada posición que se va alcanzando.

Este método, genuinamente alemán, fué aplicado al pie de la letra por los japoneses, discípulos de los alemanes, en 1904-5, y luego por los búlgaros, serbios, etc., dando lugar a batallas de muchos días de duración, en las que se fatigaban extraordinariamente las tropas y resultaban a la postre impotentes para ejecutar enérgicos avances en el momento crítico: de aquí que las victorias no revistieran el brillo ni el alcance de las de campañas anteriores. Pero, cosa rara para muchos, a pesar de la tenuidad de las líneas de ataque, de que el ofensor se cubría en trincheras para apoyar sus pequeños avances, y de que las reservas apenas entraban en fuego, las bajas no disminuían con respecto a otras guerras. No obstante, los alemanes conservaron este método en sus reglamentos, y en Bélgica, Francia, Inglaterra, etc., iban apareciendo voluminosos libros y artículos incontables acerca de los fuegos de la infantería y de su eficacia

en el campo de batalla; nadie se fijó, aunque extraño el hecho, en que Alemania, que imponía su criterio militar a los demás ejércitos, casi no concedía atención a tales fuegos en los últimos años, con todo y ser Alemania el país donde más se desmenuzaban los puntos más nimios de la táctica de las tres armas.

Sin desconocer que el rendimiento del fuego de la infantería es susceptible de mejora y que esta materia debe ser objeto de la atención de los jefes, no es prudente perder de vista que los fusiles los manejan los hombres, y que lo importante es el corazón del soldado y no los preceptos escritos, que jamás pueden aplicarse estoicamente cuando las balas extienden la muerte alrededor del combatiente. Desde otro punto de vista, si los ataques son rápidos y decisivos, el ofensor sufre pocas bajas; el mayor número de éstas se registra en las retiradas, sobre todo en las derrotas, porque entonces el soldado sólo procura aturdirse con el ruido de sus propios disparos. Dado el grande alcance del armamento moderno y el hecho, innegable, de que los nervios humanos no se alteran profundamente sino cuando el enemigo está cerca, la zona más temible para el atacante es la comprendida entre los 1000 y los 400 metros. Si a esta última distancia se pudieran reunir una masa que se lanzara al ataque con la bayoneta armada, no experimentaría más bajas que una simple guerrilla suelta e inconsistente.

Esta gran verdad es la que ha tenido plena sanción en las batallas ofensivas hasta ahora libradas por los alemanes.

He aquí el método de ataque que emplean. Una línea de tiradores (guerrilla) avanza a saltos (avances de treinta, cuarenta, cincuenta pasos) hasta llegar a corta distancia del enemigo, y va inmediatamente seguida por una segunda y una tercera, que se reúnen con la primera y la refuerzan; crece la densidad de la guerrilla, y como es consiguiente crece su fuego; cuando este comienza a dejar sentir sus efectos, nuevas líneas marchan adelante, y antes de que lleguen a la altura de la guerrilla, se da la señal de ataque; el fuego del enemigo deja de ser peligroso y el éxito sobreviene rápidamente. Es verdad que al iniciarse el ataque aún no se ha obtenido la superioridad de fuego y el enemigo no está seriamente quebrantado; pero, en compensación, el soldado de la guerrilla se siente apoyado y sostenido por los camaradas que le siguen a corta distancia, y acomete con una confianza que ni el más bravo puede sentir cuando la línea de ataque es sutil: en los momentos de peligro, cuando la muerte se ve cerca, nada anima tanto al hombre como la compañía de otros, como la masa, y hasta el cobarde no desentona.

El secreto de este método consiste en saber apreciar el instante oportuno para hacer adelantar con cortísimos intervalos, casi bajo la forma de filas en orden cerrado, las líneas de apoyo y las reservas. Con su empleo la duración de los ataques se ha acor-



tado extraordinariamente, y las pérdidas del vencido, en particular en prisioneros, son enormes. Se necesita, sin embargo, una disciplina de hierro para

para que en el campo de batalla obraran de concierto y contribuyeran a un fin común todas las armas, desapareciendo para siempre la diversidad de objetivos

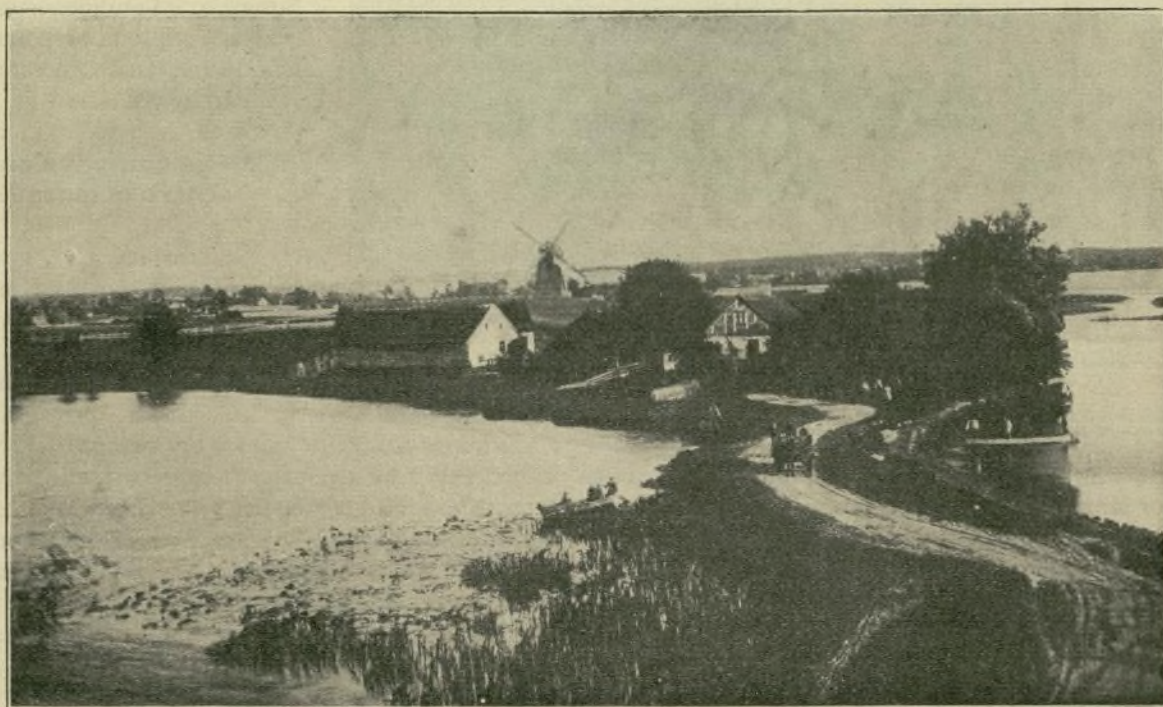


Cañón de sitio alemán en las líneas del Bzura (Polonia rusa)

detener el ataque y emprender la retirada cuando el jefe comprende que va a abortar el asalto.

Esto en lo que atañe a la infantería en si misma; pero el cuadro queda harto incompleto y necesita ser ampliado para dar idea de la realidad.

y de empleo de la infantería, artillería y caballería. En todos estos estudios, se subordinó a la infantería la acción de las demás armas, en Francia, Inglaterra, Bélgica...; en los periódicos militares alemanes se advertía, con extrañeza, que en los estudios sobre



Alrededores de Tannenberg (Prusia Oriental); en la fotografía se ven los lagos y las calzadas entre ellos

## II.—El enlace de las armas en el ejército alemán

Es de fecha relativamente reciente el estudio que todos los ejércitos, respondiendo—como siempre en cuestiones militares—a la iniciativa alemana, hicieron

empleo concertado de las masas se anteponían siempre la artillería y las ametralladoras a la infantería, que es sin disputa el nervio del ejército. La presente guerra ha esclarecido el misterio.

En las batallas ofensivas, la infantería alemana, desde el punto de vista del fuego, no ha sido más



que una especie de relleno para cerrar el claro existente entre las ametralladoras y las baterías. El fuego ha quedado a cargo de la artillería y de las ametralladoras, hasta quebrantar al enemigo, y la infantería, bien abrigada y casi siempre oculta, ha esperado

ría alemana el coronamiento del combate, la decisión de la batalla, pero no su preparación, contrariamente a lo que se venía propagando en los demás ejércitos. En compensación, en la defensiva, la infantería ha desempeñado el importantísimo papel de

siempre, aunque aliviado por el concurso de la artillería y las ametralladoras.

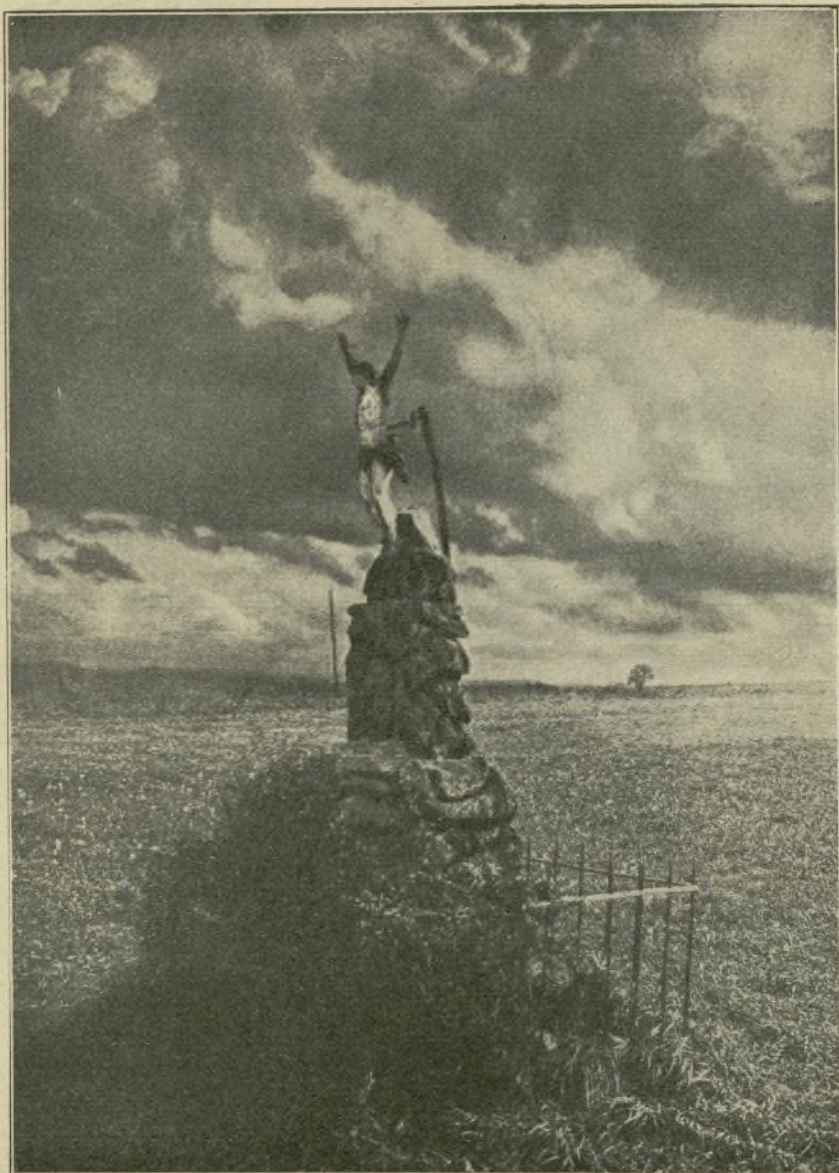
De lo expuesto se deduce, y el lector lo verá confirmado cuando se calmen las pasiones y brille la verdad, que los alemanes, celosos de su infantería, y deseando conservarla para los momentos decisivos, lejos de enviarla a la muerte sin reparar en vidas, han procurado economizarla y substraerla al peligro, persuadidos de que la guerra iba a ser larga y de que en modo alguno les convenía que fueran destrozados sus infantes. La leyenda de los ataques en masa se debe a la sorpresa causada al principio—ahora ya se han acostumbrado los franceses, rusos y británicos a los métodos alemanes—por la aparición súbita de masas relativamente densas de infantería que se lanzaban al ataque sin haberle precedido un fuego de fusilería lento y prolongado: no era menester ese fuego, porque la preparación corrió a cargo de los cañones y ametralladoras.

### III.—La campaña en el teatro oriental

Notorio fué que, apenas terminada la campaña de febrero en la Prusia Oriental, el mariscal Hindenburg dispuso un nuevo agrupamiento de sus tropas, presagio de nuevas operaciones. Las bata-

llas de Przasnitz atrajeron a este sector, e inmovilizaron en él, dos o tres cuerpos de ejército alemanes; otro núcleo respetable se encuentra en la región de Plock. Más al N., la masa principal de los alemanes se bate hace días, con los rusos en el distrito de Suvalki Augustov, mientras otra columna importante se mantiene al O. de Ossovec. Al N. de Memel y en Tauruggen, las fuerzas alemanas son escasas, y tampoco parecen muy numerosas las situadas en el camino de Kovno. En resumen, los hechos acusan la presencia, al otro lado de la frontera de la Prusia Oriental, de sólo la mitad del ejército alemán que llevó a cabo la campaña de febrero.

Se sabe positivamente que algunos cuerpos alemanes están en los Cárpatos desde principio de febrero, y también es significativa la incursión hecha hacia Chotin, en territorio ruso y cerca de la fron-



LA CRUZ DE SAARBURG.—En la batalla de Lorena, el 20 de agosto, una granada destrozó la cruz de un crucifijo alzado en el cementerio, quedando intacta la sagrada imagen (Véase la página 115 del tomo II).

(Fotografía tomada por el príncipe Guillermo de Hohenzollern)

el momento de avanzar. Si el enemigo ha comenzado por lanzarse al asalto, la infantería ha aguardado a pié firme, sin salir de sus posiciones, y cuando no ha bastado el disparo de la artillería para contener al adversario, han entrado en acción las ametralladoras; el repliegue del enemigo ha sido seguido por el ataque de la infantería alemana en la forma antes expuesta, con lo cual su misión se ha facilitado de un modo notable. Otras veces, ha sido menester emprender el avance espontáneamente, sin aguardar un ataque del adversario; entonces, la artillería ha preparado el movimiento y las ametralladoras han ocupado posiciones favorables, siguiendo el avance de la infantería, sobre los flancos de ésta, para contener los contra ataques, apoyar los asaltos y sostener las retiradas, si eran necesarias.

De esta suerte, ha corrido a cargo de la infante-



tera rumana, por una división de caballería alemana y otra austriaca. Por consiguiente destruída la ofensiva rusa contra la Prusia Oriental, es indudable que una parte del ejército alemán lucha al lado de los austriacos. Pero no ha de inferirse de esto, que el grueso del ejército de Hindenburg ha sido repartido en un vasto frente y no ha recibido otra consigna que la de contener a los rusos e impedir la invasión de Hungría.

Hasta ahora, todas las maniobras de Hindenburg han sido ofensivas e inspiradas en elevadas concepciones estratégicas. Gracias al avance alemán al N. de Sandomir, sobre el flanco de los rusos, se libraron de un desastre los ejércitos austriacos de Dankl y Auffenberg, a principios de septiembre. Posteriormente, cuando la concentración rusa en Galizia obligó a los austriacos a evacuar totalmente la Galizia y Bukovina y desguarnecer los pasos principales de los Cárpatos, Hindenburg maniobró en Polonia, contra la línea Varsovia-Ivan-gorod, atrajo hacia sí a los moscovitas y permitió a los austriacos llegar a Przemysl y ocupar la vertiente N. de los Cárpatos. De nuevo, en noviembre, la ofensiva alemana sobre Lodz paralizó la acción que los rusos habían comenzado enérgicamente en dirección a Cracovia; y, finalmente, la cooperación de fuerzas alemanas en el extremo derecho de la línea, facilitó la reconquista de la Bukovina, el avance a Colomea y Stanislau y la paralización de los ataques rusos en el centro de

los Cárpatos. Todos estos hechos son otros tantos antecedentes para juzgar mejor la situación que se prepara.

Si el ejército ruso vencedor en Przemysl se ha dirigido a los Cárpatos—como se dice, y es lógico—, es de suponer que los alemanes, libres de la presencia del enemigo en su territorio, pospongan, siquiera sea temporalmente, sus objetivos propios, para acudir en auxilio de sus aliados; pero no directamente y desplegando sus unidades al lado de los austriacos, sino asestando en otro sector un golpe tal, que los rusos tengan que distraer tropas de los Cárpatos para llevarlas al punto amenazado. ¿Cuál será ese sector? El valle del bajo Niemen es el más importante de todos, pero adolece del inconveniente de resultar excéntrico; si los alemanes consiguieran romper la línea de plazas fuertes del medio Niemen, es de creer que no se haría esperar una amplia maniobra contra Vilna. Los combates en la Polonia septentrional

tendrían escasa resonancia en los Cárpatos; en cambio, una feliz ofensiva en la Polonia meridional, o la presencia de un fuerte ejército en el alto Dniester, Bukovina, tendrían decisiva influencia sobre las operaciones en aquella cordillera.



Un hidro-avión alemán bombardeando el puerto de Dover

(Dibujo de H. R. Schulze)

No conociendo los mil variados factores que intervienen en la elaboración del plan, es imposible predecir cuál será la resolución que adopte el mariscal Hindenburg, ni tampoco fijar la fecha aproximada en que habrá de ejecutarse, aunque es evidente que está muy próxima. Mientras los austriacos no flaqueen en los Cárpatos y se defiendan bien, la acción alemana podría irse demorando, pero no acontecerá lo mismo si los rusos fuerzan definitivamente los pasos montañosos y descienden hacia las llanuras húngaras.

—  
¿Ha estado realmente ocioso e inactivo el mariscal Hindenburg, desde el 15 de febrero a la fecha? Ni el deshielo, ni las inundaciones, ni el barro, han sido motivos bastante poderosos para que se suspendieran de pronto las operaciones ofensivas tan rápida y afortunadamente ejecutadas en la primera quincena de febrero. Aunque los despachos alemanes



son muy lacónicos, y los rusos tienden cada vez más a la concisión, hay motivos para creer que el mariscal Hindenburg no retiró parte de sus tropas de las inmediaciones del frente, sino cuando hubo llegado a una especie de posición de equilibrio con las rusas que se le oponían. Probable es también, más que posible, que el gran cuartel general alemán no quiera emprender operaciones en grande escala contra los rusos—aparte del caso eventual de tener que apoyar a los austriacos—, sino cuando se vislumbre la paz al término de ellas; lo que obliga a coordinarlas con las del teatro occidental y con las de Turquía. Si efectivamente nos encontramos en vísperas de una acción general en los tres teatros, será perfectamente explicable el aplazamiento de la ofensiva alemana en el N. de Polonia y en Lithuania. Los esfuerzos aislados y las victorias locales, por importantes que hayan sido, no producen efecto apreciable en países tan fuertes como son los beligerantes; es menester que el golpe los hiera a todos a un tiempo, sean los aliados, sean los imperios centrales.

#### IV.—¿Cuándo comenzarán las grandes operaciones?

Han transcurrido ya algunos días de abril, mes que unánimemente se consideraba el más adecuado para las grandes batallas, sin que se haya alterado la lánguida marcha de la guerra. Si bien es verdad que la potencia máxima del ejército francés tendrá lugar en agosto, y en octubre la del alemán, hay que observar que hasta dentro de cuatro ó cinco meses no podrá Inglaterra organizar su tercer ejército, y que Rusia irá mejorando de situación en octubre, libre de la preocupación del Cáucaso. Conviene, pues, a los aliados aplazar el choque decisivo hasta el otoño, mientras que el interés de los alemanes les incita a operar antes del verano. Pero hay un factor, tal vez decisivo, al que han de supeditarse los planes de unos y otros: los Dardanelos y la cuestión Balkánica.

Esta última, que ha florecido ya en el reciente choque entre búlgaros y serbios, no puede tardar mucho en despejarse, pero también está enlazada con la de los Dardanelos. Si los aliados no quieren perder todo su prestigio en los Balkanes y tratan de evitar para siempre los ataques al canal de Suez y la intranquilidad en el Indostán, han de persistir en su acción terrestre y naval contra los Dardanelos; el momento en que ésta se inicie con vigor será uno de los más favorables para la ofensiva alemana en el Este y el Oeste; si tal ofensiva se anticipara, podría ocurrir que los aliados aplazaran o desistieran de su empresa contra Turquía, y reunieran todas sus fuerzas contra Alemania y Austria, contingencia que éstas deben evitar. Y mientras no ataque Alemania, el principal interés de los aliados está en que tenga éxito su campaña de los Dardanelos y el Asia Menor.

De esta suerte, véase cómo la cuestión del Oriente europeo ha llegado a prevalecer sobre el problema planteado en los campos de batalla de Francia, Rusia y Galizia, y cómo, acaso contra la voluntad de los beligerantes, el magno hecho del porvenir de Asia, de trascendencia mundial, se ha antepuesto a la campaña exclusivamente europea.

#### V.—La situación el 7 de abril

El crucero protegido turco *Medjidiéh*, en un reconocimiento practicado por la escuadra otomana a la altura de Odessa, el 4 de abril, se fué a pique por la explosión de un torpedo sumergido. Fué construido en 1904, tenía 3,800 toneladas y montaba dos cañones de 15 centímetros, ocho de 12, seis de 4,7 y dos tubos de lanzar.

La flota rusa ha intentado bombardear, sin éxito, los fuertes de la entrada del Bósforo, y ha cañoneado algunos puntos de la costa turca del mar Negro. Las escuadras británica y francesa no han vuelto a entrar en los Dardanelos; han ejecutado algún fuego intermitente desde el golfo de Saros, y los dragaminas y destroyers se han acercado al estrecho de Nagara, siendo repelidos por el fuego de los fuertes y yéndose a pique uno de aquellos. La principal actividad de los aliados se concentra en el envío de tropas a las islas de Lemnos y Tenedos, y en el reconocimiento aéreo de las defensas turcas del estrecho, para fijar bien su situación; se ha descubierto que hay bastantes baterías móviles, de cañones y obuses de 12 y 15 centímetros, y que algunas defensas están tan bien situadas y desfiladas que será muy difícil batirlas desde los barcos.

No se han repetido las tentativas contra Esmirna.

En el Cáucaso continúan los combates, manteniéndose los turcos en territorio enemigo en unos puntos, y habiendo entrado, en otros, los rusos en país otomano.

Una incursión realizada por un cuerpo afgano contra la provincia de Bengala (Indostán), fué rechazada, gracias a la oportuna llegada de una columna británica.

En el frente oriental, los alemanes se mantienen a la defensiva en la línea del Narev y en el medio Niemen, y parece que extienden su acción en el curso inferior de este último río. El silencio que se guarda sobre Osoviéc hace creer que se ha desistido del ataque a esta plaza. No ha cambiado la situación ni al norte del Vístula, ni en la Polonia central y meridional.

La presión rusa se acentúa en los Cárpatos, y aunque no de gran consideración, algunas ventajas ha obtenido el atacante, gracias sin duda a la cooperación de las tropas del ejército que sitiaba a Przemyśl; pero todavía es prematuro hablar de la invasión de Hungría, maniobra preñada de peligros mientras esté robusto y victorioso el ejército alemán. En la frontera de la Bukovina menudean los encuentros, sin resultado apreciable para ninguno de los dos bandos. En la Galizia occidental están casi en suspenso las operaciones.

En Francia, una débil ofensiva de los belgas en el extremo izquierdo de la línea, ha sido duramente castigada. Nada de particular ocurre en el Iser ni en el centro del frente. Rechazado el ataque francés en la Champaña, continúan todavía los pequeños combates en esta región; los franceses han trasladado su ofensiva más al E., ejecutándola vigorosa, sin resultados apreciables hasta ahora, entre el Mosa y el Mosela.

JUAN AVILÉS

Coronel de Ingenieros

7 abril 1915.

Derechos reservados